

Obstinada Memoria

Marcia Scantlebury¹

*“No podemos cambiar nuestro pasado, pero sí podemos aprender de lo vivido.
Esa es nuestra oportunidad y nuestro desafío”*

Fueron las palabras con que el 10 de diciembre del 2008 la presidenta Michelle Bachelet instaló la primera piedra del Museo de la Memoria y los Derechos Humanos.

Había anunciado su construcción un año antes, en su mensaje presidencial del 21 de mayo persiguiendo así dar respuesta a una histórica demanda de las organizaciones de familiares de víctimas y de organismos de defensa de los derechos humanos. Por varios años, éstos habían recopilado materiales valiosos que daban cuenta de cómo se ejecutó la política represiva de la dictadura. Estos incluían recortes, cartas, folios de procesos, fotografías, afiches, documentos de solidaridad internacional y artesanía carcelaria. Les preocupaba que se estuviesen deteriorando y que muchas víctimas de lo ocurrido estuviesen muriendo.

El propósito del Museo es preservar la memoria y los cientos de historias dolorosas de una etapa del país que la dictadura ignoró. Eso explica también que su construcción haya remecido a nuestra sociedad aún marcada por el discurso único del régimen militar y por la negación de la evidencia: sus contenidos muestran lo que hasta entonces permanecía oculto.

Con esta iniciativa la Mandataria también se hizo cargo de las recomendaciones de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación (1991) y de la Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura (2005) que ordenaban al Estado tomar medidas para reivindicar la dignidad y la memoria de las víctimas e impulsar iniciativas que promovieran una cultura de respeto a los derechos humanos.

Al iniciar su gobierno, la presidenta creó una Comisión Asesora Presidencial encabezada por María Luisa Sepúlveda, asistente social de vasta trayectoria en la defensa de los derechos humanos quien lideró esta iniciativa. En esta instancia, los organismos y agrupaciones de familiares reiteraron la necesidad de contar con un espacio para conservar y exhibir los valiosos materiales reunidos que corrían el riesgo de deteriorarse o desaparecer. Para dirigir los lineamientos estratégicos de la institución María Luisa Sepúlveda y María Eugenia Rojas, presidenta de Casa de Memoria, crearon la Fundación Museo de la Memoria y los Derechos Humanos, constituida por un directorio de 14 personas. Algunos representantes de instituciones y organismos de derechos humanos: Corporación Parque por la Paz Villa Grimaldi, Fundación Archivos Vicaría de la Solidaridad, Universidad Alberto Hurtado, Universidad Diego Portales y Universidad de Chile que se mantienen en el Directorio en tanto dure su cargo. Los demás, nombrados a título individual y con carácter permanente.

Se vivía un tiempo exigente con sentido de urgencia donde la coordinación entre los equipos fue fundamental. Se definieron tres líneas de trabajo: la construcción del edificio, el guion museográfico y las colecciones.

En septiembre de 2007 la presidenta de la República me designó como encargada del proyecto museográfico. A partir de esa fecha, se creó el equipo de trabajo con Carmen Garretón y Bernardita Fernández, dándose inicio al contacto con organizaciones de víctimas de violaciones a los derechos humanos, y de museos y archivos. Conjuntamente se comenzó a recolectar donaciones.

El primer Directorio estuvo integrado por Carolina Tohá, Milan Ivelic, Agustín Squella, Óscar Godoy, Arturo Fontaine, Andrés Aylwin, Marcia Scantlebury y María Luisa Sepúlveda, quien ejerció hasta el año pasado la presidencia de la Fundación y hoy es presidenta emérita de la misma. La expresidenta Michelle Bachelet se integró una vez que dejó su mandato en marzo de 2010.

¹ Presidenta Museo de la Memoria y los Derechos Humanos. Correspondencia a: Matucana 501, Santiago

Desde su inauguración hasta la fecha, el museo ha tenido cuatro directores ejecutivos: Romy Schmidt, Ricardo Brodsky, Francisco Estévez y María Fernanda García quien cumple actualmente esa función.

DE CERO

Durante el gobierno de Patricio Aylwin habían sido los propios familiares y organismos de derechos humanos quienes comenzaron a instalar sitios de Memoria. Sus primeros pasos consistieron en levantar cruces y monolitos y, más tarde, presentar solicitudes a las autoridades para recuperar lugares utilizados como centros de tortura y desaparición.

Los sitios de memoria como Villa Grimaldi o Londres 38 contienen las vivencias y transmiten la energía de lo que allí ocurrió; sin embargo, en casos como el del Museo todo debía ser creado desde cero.

La primera tarea fue explorar la existencia de algún inmueble de propiedad de Bienes Nacionales para levantar el edificio. Una comisión integrada por los ministros: Romy Schmidt de Bienes Nacionales; Paulina Veloso de la Secretaría General de la Presidencia y Sergio Bitar de Obras Públicas estudiaron los lugares posibles y detectaron un espacio que reunía las características apropiadas.

Se consiguió que el Ministerio de Bienes Nacionales asignara al proyecto al terreno ubicado frente al Parque Quinta Normal, sector de fácil acceso a medios de transportes. Para determinar el diseño arquitectónico, se llamó a un concurso público en el que participaron 48 empresas nacionales y extranjeras. El plazo de recepción fluctuaba entre septiembre y diciembre del 2007 y en esa fecha un jurado integrado por representantes de la Municipalidad de Santiago, Ministerio de Obras Públicas (MOP) y un equipo de arquitectos eligieron ganadora a una oficina de arquitectos brasileños conformada por Mario Figueroa, Lucas Fehr y Carlos Días.

La supervisión de este trabajo estuvo a cargo de la Dirección de Arquitectura del MOP y la obra se concibió como una manzana abierta que armonizaba con las construcciones ya existentes. Se creó una plaza conformada en un costado, por el cuerpo principal del Museo, y en el lado opuesto, por una Escuela Pública de dos pisos construida en los años 30.

El grupo de trabajo que asumió la idea de definir y organizar los contenidos del Museo se planteó que la muestra museográfica expusiera con claridad el contexto de los crímenes de lesa

humanidad cometidos entre el 11 de septiembre de 1973 y el 10 de marzo de 1990 en nuestro país.

Uno de los desafíos era que se mostrase con claridad a los visitantes, especialmente a los jóvenes que no habían nacido en ese tiempo, las violaciones a los derechos humanos perpetradas por los agentes del Estado. Para ello se utilizaron nuevas tecnologías, pantallas con imágenes de archivo e interactivas que acercan el relato a las nuevas generaciones.

Mi primera misión junto a funcionarios del MOP, fue visitar museos y memoriales en distintas partes del mundo para recoger otras ideas y experiencias. Visitamos museos en Argentina, Alemania, Sudáfrica, Suiza y Estados Unidos.

Una de las instrucciones presidenciales fue recoger también lo ocurrido en las distintas regiones de nuestro país. Viajamos con Carmen Garretón por el país, informando sobre el proyecto a intendencias, alcaldías, y organizaciones de derechos humanos y ciudadanas. Se les invitó a ser parte de esta iniciativa entregando fotos, documentos, cartas y artesanías de la época que abarcaba el museo. Se les aclaró que las donaciones podían ser cedidas en forma definitiva o en comodato de manera que, en caso de que los donantes decidieran montar sus propios sitios de memoria en las ciudades donde vivían, estuvieran en condiciones de recuperarlas.

Para testear la sensación que existía sobre el proyecto se realizó una encuesta en todo el país dirigida a personas de diferentes edades y segmentos. Sorprendió el hecho de que muchos encuestados expresaran su temor de que este proyecto dividiese a la familia y al país. El relato no se podía editorializar y la idea era que mostrase los elementos que ayudaran a la gente a tener su propia opinión y salir del Museo con más preguntas que respuestas.

AQUÍ NO HA PASADO NADA

El negacionismo fue el eje ideológico de la política represiva de la dictadura y la desaparición forzada de detenidos, su gesto extremo. Así quedó de manifiesto cuando el gobierno de Augusto Pinochet reconstruyó la Moneda y eliminó la puerta de Morandé 80. Si no había puerta difícilmente podría haber salido por ella el cuerpo sin vida de Salvador Allende y sus colaboradores; o luego, cuando se cambió el número de Londres 38: si no existía esa dirección, no había centro de torturas.

Por eso, era indispensable mostrar los rostros de los NN y ese fue el concepto que iluminó el contenido de la sala Ausencia y Memoria, ubicada en el punto central del Museo. Ésta reúne en un muro

gigante las fotografías de los detenidos desaparecidos, los fusilados, los que perdieron su identidad y todos aquellos a quienes se les negó su existencia.

En este espacio se pueden observar varios marcos vacíos que responden a la idea de que la memoria está siempre en construcción y llama a los visitantes a participar entregando las fotos e historias de sus familiares o de personas conocidas que deben encontrar allí su lugar.

El propósito de esta instalación ha sido romper la política de exclusión devolviendo a estas personas visibilidad y dignidad al exponer sus rostros, nombres e historias y reforzar su protagonismo en la sociedad.

Temas tan duros como la tortura no podían ser ignorados y esto se enfrentó reproduciendo un espacio donde se ubica una cama de fierro similar a las que se utilizaban para aplicar electricidad a los prisioneros. Este es el único objeto del museo recreado, ya que la decisión fue exhibir sólo los originales, e incluso en este caso la máquina con que se aplicaban las descargas es la misma que fue utilizada en un centro de torturas de Valparaíso. Sobre el catre se instaló una pantalla con testimonios de sobrevivientes, para generar un momento de reflexión y emoción.

Conscientes de que la educación es una tarea fundamental para lograr que las nuevas generaciones se enteren de lo sucedido e incorporen a su mirada la necesidad de respetar los Derechos Humanos, el lenguaje para comunicar lo que se exhibe fue otro de los aspectos relevantes. En nuestras sociedades cada vez hay menos tiempo para leer textos demasiado extensos, por eso, se diseñaron tres niveles de comunicación: los titulares de un acontecimiento; al frente, los documentos escritos y fotografías que agregaran contenidos e imágenes a la narrativa y, para profundizar sobre lo visto, se potenciaron los centros de documentación del museo con sus distintos formatos.

La cultura, en sus distintas expresiones tuvo también un rol fundamental para atraer a las audiencias, fundamentalmente en el auditorio, donde se programan paneles, lanzamientos de libros y documentales, conciertos, cine y teatro con temáticas vinculadas a los valores que inspiran al Museo.

La Plaza de la Memoria, en el exterior del Museo, es una gran explanada que se construyó como escenario para conciertos y manifestaciones culturales. A la entrada, frente a la cafetería, en uno de sus muros laterales se instaló un mural del pintor Jorge Tacla que contiene los últimos versos

escritos por el cantante Víctor Jara en el Estadio Chile, antes de ser asesinado.

Bajando una escalera, a la derecha de la entrada, descansa la intervención “Geometría de la Conciencia”, primera obra ubicada en un espacio público del reconocido artista visual Alfredo Jaar, que establece un diálogo con el edificio que lo enfrenta desde la altura. Famoso por sus instalaciones sobre la memoria en distintos lugares del mundo, Jaar acogió la convocatoria del Museo para crear este memorial inspirado en el concepto “Todos hemos perdido Algo”, que alude a que lo sucedido no solo afectó a un puñado de víctimas, sus familiares y entorno, sino, en una u otra forma, a toda la sociedad. El artista combina la luz y la sombra, y muestra perfiles de detenidos desaparecidos, fusilados y gente común y corriente, invitando de este modo a que *“todos los chilenos se sientan parte de esta historia, aunque no hayan sido protagonistas directos de lo sucedido”*.

El Palacio de la Moneda fue el escenario donde se realizó el primer hito público y comunicacional indicando que este proyecto estaba en marcha. Presidido por la presidenta Michelle Bachelet, el 16 de junio del 2009 se firmó el acuerdo a través del cual la Casa de Memoria donó sus archivos.

Simultáneamente a la construcción, en el área de colecciones y archivos, a cargo de María Luisa Ortiz, se recibieron cientos de donaciones entregadas por sobrevivientes, familiares de las víctimas y organizaciones sociales y sindicales, que hasta la fecha llegan a dos mil ciento quince donantes.

Además de contemplar el acceso público, las colecciones son patrimonio tangible e intangible de gran valor testimonial, y han sido utilizadas en procesos judiciales e investigaciones periodísticas para contribuir a establecer la verdad y la justicia respecto de los crímenes de lesa humanidad perpetrados por el Estado de Chile durante los años de dictadura. A ellas se puede ingresar a través de plataformas digitales o en forma presencial en el Centro de Documentación o el Centro Audiovisual, ambos especializados en estos temas.

PUNTUALMENTE

El 11 de enero, en una ceremonia cargada de emoción, recuerdos, ausencias, cansancio y orgullo por el desafío cumplido; con una explanada llena de representantes del mundo de los derechos humanos, personalidades nacionales y extranjeras, y representantes del mundo de la cultura, la presidenta Bachelet inauguró su obra emblemática.

Definió este momento como una oportunidad de encuentro de la sociedad chilena que se enfrenta a su propia historia y busca extraer las enseñanzas éticas de un período difícil. Antes de dirigirse a sus invitados, la mandataria, una sobreviviente a la represión y tortura, recorrió el edificio y observó emocionada la muestra permanente.

“Cuesta describir los sentimientos que se agolpan esa tarde. Ha sido realmente emocionante recorrer, para mí por primera vez, este edificio que honra la memoria y la dignidad de nuestra gente y cuya muestra, cuyas fotos, cuyas voces estremecen y hacen pensar. Estremecen y hacen reflexionar cómo se llegó a producir tanto dolor en nuestra patria. Debo confesar que el recorrido para mí no ha sido fácil. Hay en este edificio imágenes que yo no quisiera recordar”.

En la última década, la importancia de los Derechos Humanos y de la memoria han ganado espacio en nuestra sociedad y es evidente que a ello ha contribuido la instalación del Museo y su trabajo en trece años de existencia. Miles de escolares de colegios privados y públicos, estudiantes de universidades chilenas y extranjeras, hombres, mujeres y personas mayores recorren cada día la muestra estable o las exposiciones y paneles.

Hoy, gracias a la perseverancia de las agrupaciones de derechos humanos y su resistencia frente al olvido, la gran mayoría de los chilenos reconoce que en nuestro país durante la dictadura se violaron los derechos humanos, la importancia de la democracia y admite la necesidad de que ello no se repita nunca más.



